

C E S P A

Centro de Estudios de la Situación
y Perspectivas de la Argentina

Tipo de cambio alto, ¿estrategia de desarrollo?

Rolando Astarita
FCE-UBA

Segunda Conferencia Anual Jorge Schvarzer

Documento de Trabajo Nro 21

Noviembre de 2010



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Económicas

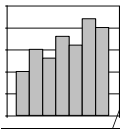


Av. Córdoba 2122 (C 1120 AAQ) Ciudad de Buenos
Aires

Tel./Fax: 54-11-4370-6135 – E-mail:

dircespa@econ.uba.ar

<http://www.econ.uba.ar>



C E S P A

Centro de Estudios de la Situación
y Perspectivas de la Argentina

CONFERENCIAS ANUALES “JORGE SCHVARZER”

Las Conferencias Anuales “Jorge Schvarzer” convocan a distinguidos expositores, quienes son invitados a disertar sobre temas de su especialidad, relacionados con la economía y sociedad de la Argentina.

Se homenajea de esta forma a la figura del Ing. Jorge Schvarzer, incansable estudioso de la realidad económica de nuestro país, y fundador del Centro de Estudios de la Situación y Perspectiva de la Argentina

Para la Segunda Conferencia, se ha convocado a Rolando Astarita, profesor de Desarrollo Económico de nuestra Facultad, y reconocido investigador en diversos temas de teoría económica.

La conferencia, cuyas notas integran el presente Documento de Trabajo, fue realizada el día 6 de Octubre de 2010, en el Salón de Usos Múltiples de la Facultad de Ciencias Económicas (U.B.A.).

Alberto Müller
Director

Tipo de cambio alto, ¿estrategia de desarrollo?

En esta nota se transcriben las principales ideas de la conferencia “Tipo de cambio alto, ¿estrategia de desarrollo?”, en ocasión de la Segunda Conferencia Anual Jorge Schvarzer, organizada por el Centro de Estudios de la Situación y Perspectivas de la Argentina (CESPA), Facultad de Ciencias Económicas, UBA.

1. Tipo de cambio alto y teoría económica

El tipo de cambio está en el centro de los debates sobre políticas económicas en Argentina, e incluso de los “modelos” de crecimiento. Así, se acostumbra decir que en los 2000 hubo un “modelo de crecimiento basado en el tipo de cambio alto”; o que en la década de 1990 el modelo se articulaba en torno a una moneda apreciada, en términos relativos. Sin embargo, y a pesar de su importancia, no existe una teoría aceptada sobre qué determina el tipo de cambio. Las explicaciones de los manuales de Macroeconomía o Economía Internacional, con sesgo neoclásico, contienen incoherencias lógicas y carecen de fundamentos empíricos. Por ejemplo, en algunas formulaciones se sostiene que el tipo de cambio está determinado por la paridad de intereses (con una prima de riesgo para los países atrasados); aunque los propios autores neoclásicos admiten que la paridad de intereses no se verifica en la práctica. Alternativamente, muchos apelan a la paridad de poder de compra; pero ésta apenas se cumple, en el mediano plazo, para los países desarrollados, o atrasados. Los movimientos de los tipos de cambio entre EE.UU, Japón, Inglaterra, etc., no pueden ser explicados, al menos en el corto plazo, por las paridades de poder de compra. Cuando se incluyen los equilibrios macroeconómicos, el panorama no se aclara. Por ejemplo, se sostiene que el tipo de cambio tiende a establecerse en un nivel que asegura el equilibrio de la balanza comercial (o de la cuenta corriente), pero en la realidad muchos países tienen persistentes excedentes en sus balanzas comerciales, y otros persistentes déficit, sin que los tipos de cambio ajusten para llevarlos al equilibrio.

Para los países atrasados el problema teórico todavía es más grave, dado que sus monedas tienden a estar depreciadas en términos reales; esto es, a ubicarse en un nivel inferior al de la paridad del poder de compra. Dicho en términos populares, las personas de los países atrasados cuando viajan a Europa, Estados Unidos y Japón por lo general encuentran todo “muy caro” en estos países. Se ha reconocido (Penn Tables) que esta tendencia a la depreciación de las monedas de los países atrasados es una de las cuestiones más comprobadas en la economía internacional. Sin

embargo, la economía neoclásica carece de una explicación de por qué sucede. El modelo de Balassa – Samuelson, formulado en 1961, no puede explicar la persistencia del fenómeno, como admiten los mismos teóricos neoclásicos. Entre otras razones porque el modelo plantea que existe una única función de producción, que todos los países pueden adoptar libremente. Por lo tanto, en un mundo con libre movilidad de capitales y mercancías, debería operar la convergencia hacia el precio único de las mercancías. Pero entonces no habría depreciación de las monedas de los países atrasados.

En la teoría heterodoxa, y siempre refiriéndonos a las explicaciones del tipo de cambio, el panorama por ahora no es mucho mejor. Los poskeynesianos se inclinan a pensar que

los tipos de cambio no están anclados en los fundamentos económicos, y que sus movimientos obedecen a los caprichos de la especulación financiera. Otras corrientes heterodoxas no han tratado la cuestión, por lo menos hasta donde conozco.

En cuanto al marxismo, las investigaciones sobre los determinantes del tipo de cambio son escasas, (y tardías). Los trabajos de los años 1960 y 1970 sobre la dependencia y el intercambio desigual, no abordaron siquiera la temática. Recién en los ochenta y noventa se encara la cuestión, siendo el trabajo de Anwar Shaikh, el más conocido y referenciado. Con toda su importancia, pienso sin embargo que este modelo tiene escasa aplicación para los países atrasados. Es que aplicando el enfoque de Shaikh, el peso argentino, por ejemplo, debería estar apreciado, en relación a las monedas de los países atrasados, cuando en la realidad sucede lo contrario. El modelo de Carchedi, menos conocido, aunque está pensado para los países adelantados, tiene sin embargo más aplicación para los atrasados.

En este respecto, hemos propuesto una explicación del tipo de cambio basada en los diferenciales de productividad de las economías, y en variables macroeconómicas, pero desde la perspectiva de la teoría del valor trabajo de Marx. La idea elemental es que los países atrasados tienden a incrementar su productividad devaluando sus monedas, y bajando en términos de la moneda internacional los salarios. En otras palabras, consiguen competitividad a través de una redistribución regresiva del ingreso. Pero al hacerlo no generan más valor que los países adelantados, aunque empleen más horas de

trabajo que éstos. Sobre este determinante diríamos estructural del tipo de cambio, vinculado a la productividad del trabajo, hay que introducir en el análisis variables macroeconómicas, tales como tasa de inflación, situación de la balanza de cuenta corriente y diferenciales de interés. Mucho de lo que sigue gira en torno a esta idea.

2. Alternancia de tipos de cambio

En los últimos 35 años –claramente desde la crisis de la industrialización por sustitución de importaciones, en 1975– en Argentina hemos asistido a una sucesión alternada de períodos con moneda depreciada, y períodos con moneda apreciada. Entiendo por “apreciada” una moneda que, en términos reales está cercana a la paridad de poder de compra con los países adelantados. Así, la década que siguió a la crisis bancaria de 1981 se caracterizó por el tipo de cambio real alto; en los diez años posteriores a la Convertibilidad tuvimos el peso apreciado; a partir de 2002 volvió el tipo de cambio alto y hoy (octubre de 2010) la moneda se está acercando nuevamente a los niveles de los noventa. Es necesario encontrar una explicación a esta dinámica.

Una de las explicaciones más difundidas en las ciencias sociales (en el pensamiento heterodoxo) ha sido de tipo político, y se basa en la idea de la alternancia de hegemonías de diversas fracciones burguesas. Según este enfoque, los períodos con moneda apreciada se debieron que tuvo la hegemonía el sector financiero y especulativo. Y los períodos con moneda depreciada ocurrieron porque la hegemonía pasó a manos del sector industrialista y desarrollista (al pasar, notemos que la “fracción agraria” de la burguesía no termina de encajar en este esquema).

Sin olvidar que las luchas entre las fracciones del capital por influenciar las políticas económicas del Estado pueden haber tenido alguna incidencia, pensamos de todas formas que esta explicación politicista invierte la verdadera relación entre lo político y económico. Esto es, lo determinante es lo económico, y lo político (e ideológico) se desarrolla a posteriori, sobre lo económico. En otras palabras, es posible encontrar una lógica económica –esto es, un mecanismo vinculado a las relaciones sociales y al atraso relativo de las fuerzas productivas– que subyace a la sucesión de períodos con tipo de cambio alto y bajo. En lo que sigue explico este punto de vista, que aparece más desarrollado en un próximo libro que está por publicar la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

3. La idea más general sobre la razón de la alternancia

La idea más general es que de la baja productividad promedio de la industria argentina deriva un impulso al tipo de cambio alto. Ese impulso es más fuerte cuando el país enfrenta problemas en su balanza de pagos. El aumento del tipo de cambio real

implica una caída de los salarios (en términos de la moneda mundial), y un cambio de los precios relativos a favor de las industrias productoras de bienes transables, y en detrimento de las productoras de bienes no transables. Estos movimientos se han señalado con frecuencia, pero muchas veces no se pone suficiente énfasis en el crecimiento estructuralmente desequilibrado, a que da lugar. Es que la variación de los precios relativos implica el aumento de la rentabilidad de los sectores productores de bienes transables (particularmente intensivos en mano de obra); lo que implica el aumento de las inversiones en esos sectores, y su expansión. Pero como contrapartida,

la variación de los precios de los bienes no transables implica la caída de la rentabilidad de los sectores productores de estos bienes, con la consiguiente caída de las inversiones y de las tasas de crecimiento. El resultado para la economía de conjunto entonces es que crece; pero no se alcanza el desarrollo, entendiéndolo por desarrollo un crecimiento de las fuerzas productivas relativamente articulado.

Pero además el tipo de cambio alto desata presiones inflacionarias. Aquí entra mucho de lo planteado por los viejos estructuralistas. Las razones son conocidas. La suba del tipo de cambio empuja al alza los precios de los transables, en particular en los sectores con alta elasticidad de empleo; lo que lleva a que haya crecientes presiones salariales en esos sectores en el mediano plazo. Por otra parte, los precios de los bienes no transables terminan subiendo. Y las presiones salariales (el trabajo busca recuperar terreno) se generalizan en la economía. En consecuencia se incrementa paulatinamente la inflación, que a su vez erosiona el tipo de cambio real alto. Paralelamente, el superávit en cuenta

corriente también empuja a la revalorización de la moneda; que se puede acentuar en la medida en que suban los términos de intercambio.

Es así que en una coyuntura de crecientes presiones inflacionarias, si se busca volver a ganar competitividad devaluando, se alimenta la espiral inflacionaria. Con lo cual los efectos sobre el tipo de cambio son escasos. Pero además, la aceleración inflacionaria acarrea problemas para la acumulación y valorización del capital. Es que en el extremo de alta inflación, el equivalente deja de actuar, y la ley del valor trabajo no puede regir el mercado. Por este motivo el modelo de crecimiento basado en el tipo de cambio alto encierra en sí mismo la lógica de la reversión hacia la moneda revaluada. Hay que anclar la moneda para restablecer el funcionamiento del mercado.

Por otra parte, la modificación de precios que trae aparejada la apreciación de la moneda genera ahora la modificación, más o menos rápida, de la rentabilidad relativa entre sectores. Ahora aumenta la rentabilidad de los sectores de bienes no transables (el valor generado en el mercado interno se traduce en más valor a nivel del mercado

mundial); y baja la rentabilidad de los sectores productores de transables, especialmente los intensivos en mano de obra. La economía pasa así a la fase de acumulación articulada en torno a la moneda apreciada (cercana a paridad de poder de compra con las monedas de los países adelantados). En términos relativos a la economía atrasada, se trata de una moneda fuerte.

La moneda fuerte, más la baja de aranceles, incrementa las presiones competitivas sobre el conjunto de los capitales. De esta manera se impone de forma más abierta la lógica del mercado y de la valorización –los capitales más débiles deben desaparecer–, lo que constituye la receta por excelencia del paraíso neoliberal. El “ajuste” de salarios tiende a imponerse por vías deflacionarias. En estas condiciones se ve favorecida la importación de tecnología, y las empresas que logran sobrevivir aumentan la racionalización del trabajo. En términos del marxismo, aumenta la plusvalía absoluta vía intensificación de los ritmos de trabajo; así como aumenta la relación capital/trabajo, lo que puede dar lugar al aumento de la plusvalía relativa

De todas maneras el crecimiento continúa siendo desarticulado. Por ejemplo, las empresas están renovando equipos, pero los productores nacionales de máquinas y equipos pueden ser desplazados por la competencia externa. Es lo que sucedió en Argentina en los noventa. Tampoco en esta fase se genera una reproducción ampliada relativamente homogénea. De ahí que pueda haber fuertes aumentos de productividad en sectores de la economía más o menos amplios, pero con aumento de la desocupación, y más heterogeneidad estructural.

Pero además, el retroceso de los sectores productores de bienes transables, especialmente en las ramas en que el país no tiene ventajas competitivas naturales, se manifiesta en el déficit de la cuenta corriente. Por ejemplo, entre 1992 y 2001 el déficit acumulado en cuenta corriente de Argentina rondó los 88.000 millones de dólares. La razón de fondo es que el nivel del tipo de cambio no está avalado por la productividad de la economía. Ese déficit en cuenta corriente puede ser financiado durante un tiempo por la entrada de capitales (IED, endeudamiento, etc.), pero en el límite es insostenible. Lo que genera las condiciones para la reversión hacia el tipo de cambio alto.

4. El ajuste del 2001-2 y el crecimiento posterior

Debemos enfatizar que en la base de la salida de la crisis de 2001-2 hubo un fortísimo ajuste de los salarios. Es una falacia sostener que Argentina aplicó una receta que eludió el ajuste para salir de la crisis. El ajuste no se realizó vía deflación, como pedía la ortodoxia defensora de la Convertibilidad, pero sí vía devaluación e inflación. Solo

entre mayo de 2001 y mayo de 2002 los salarios en términos reales bajaron 21%. El salario en términos de dólares en septiembre de 2002 estaba a un 30% de su nivel previo al estallido del uno a uno. De manera que hubo una redistribución regresiva del ingreso muy fuerte en perjuicio del trabajo.

A partir de ese momento el tipo de cambio real alto fue clave para la estrategia del desarrollo "industrialista"; primero en el gobierno de Duhalde, y luego en los gobiernos de los Kirchner. El tipo de cambio real multilateral entre 2002 y 2009 fue, en promedio, un 30% más alto que en el promedio de los últimos 30 años.

Como ya adelantamos, el cambio abrupto de precios relativos, ingresos y rentabilidades producido con la crisis de 2001, explica mucho de lo que sucedió en los años que siguieron.

Precisemos sin embargo que la baja de salarios se combinó con otros tres factores, por lo menos. En primer lugar, los equipos industriales se habían renovado durante los noventa. En este respecto, hay que dejar de lado la idea, muy difundida en ciertos ámbitos del progresismo, de que durante la época menemista solo hubo especulación y parasitismo. Durante los noventa aumentó la productividad industrial; también lo hizo la relación de capital por obrero (autores de la CEPAL han subrayado esta cuestión). En otras palabras, las empresas que sobrevivieron a las quiebras, renovaron sus equipos, se modernizaron, y también racionalizaron las plantillas (lo que produjo un aumento significativo de la desocupación).

En segundo término, como producto lógico de la crisis, en 2002 había gran capacidad ociosa, lo que habilitaba a que hubiera un rápido incremento de productividad, por caída de costos fijos, a medida que avanzaran la recuperación de la demanda y la producción. En tercer lugar, las tarifas de servicios públicos quedaron congeladas, y los precios de muchos bienes no transables se rezagaron. En 2002 la tasa de inflación fue del 41%, pero los precios de salud, educación y vivienda aumentaron en promedio el 10%.

Todos estos factores se conjugaron entonces para que la ecuación de costos de las empresas, en particular de las productoras de bienes transables, diera un vuelco dramático en los meses que siguieron a la caída del gobierno de De la Rúa. En particular, hubo una fuerte recuperación de los sectores que producen bienes que compiten con importaciones. A su vez, la recuperación de la ocupación, y del gasto de plusvalía en consumos postergados durante la crisis, dieron impulso al crecimiento.

El crecimiento de todas maneras nuevamente fue muy desigual. El sector de bienes transables, intensivo en mano de obra (por ejemplo vestido, plásticos), se expandió a una alta tasa; también la producción de automóviles y acero. El sector de energía y petróleo, en cambio, lo hizo a una tasa mucho más baja. Aquí la inversión fue débil,

dando como resultado que a lo largo de los 2000 bajaran las reservas de gas y petróleo. En cuanto a las ramas de servicios, tardaron en recuperar terreno. También fue débil la inversión en sectores de bienes no transables, como telecomunicaciones o ferrocarriles. En cuanto al sector agrario, particularmente el productor de cereales y oleaginosas, tuvo altísimas rentabilidades. Este sector había renovado maquinaria y equipos, y había

incorporado tecnología de punta en los noventa. Además, a partir de 2003, hubo una notable mejora de los términos de intercambio. En 2010 los términos de intercambio son un 42% más altos que en 1993 (INDEC).

Además de desigual, el crecimiento fue en buena medida extensivo, ya que la inversión de equipos y maquinaria por obrero se mantuvo baja. Hasta 2006 fue menor que en los noventa (en 2006 se interrumpe la serie del INDEC). La relación inversión/PBI aumenta algún punto con respecto a los noventa, pero sin superar, en el mejor años, el 23%. La relación inversión/PBI entre 1993 y 1999 rondó el 19%; entre 2003 y 2009 estuvo en el 20,7%, lo que representa una mejora, pero nada cualitativo con relación a los noventa. Si se tiene en cuenta que aumentó la ocupación, se concluye que necesariamente bajó la

intensidad de capital por obrero. En 2010 la relación inversión/PBI se ubica en el 20,3%. Subrayamos, es un nivel mucho más alto que el de 2003 (estaba en el 12,9%), pero no cualitativamente más elevado que en los noventa. Y la clave del desarrollo de las fuerzas productivas pasa por la acumulación del capital (contra lo que dicen los neoclásicos). Todo esto explica que de fondo la matriz industrial no se haya modificado en algún sentido profundo.

5. Doble superávit y caída del endeudamiento

Es necesario subrayar las diferencias de los 2000 con respecto a los noventa. Las más importantes son que junto al crecimiento del PBI, se revirtieron los déficits fiscal y de cuenta corriente, y que bajó el endeudamiento.

Por el lado de las cuentas fiscales señalamos que los trabajadores estatales sufrieron una fortísima caída de sus salarios en términos reales. El ajuste que De la Rúa había querido hacer por vía de la deflación, lo lograron los gobiernos de Duhalde y Kirchner por medio de la inflación. Según Buenos Aires City, en 2010 los salarios de los estatales todavía son más bajos que en diciembre de 2001. Por otra parte, aumentó la recaudación, tanto por la recuperación de la actividad económica, como por las retenciones a las exportaciones de granos. Desde 2002 las retenciones volcaron al Estado unos 30.000 millones de dólares; en 2010 aportarían unos 8.200 millones. En

el terreno del gasto, una parte importante de lo recaudado para subvencionar las empresas de servicios, tarifas o alimentos (compañías eléctricas, transporte, molinos). Por esta vía se bajaron costos salariales y energéticos (las tarifas de gas y otras energéticas llevan 11 años congeladas), contribuyendo por lo tanto a mantener el tipo de cambio real alto para los sectores productores de bienes transables. En 2010 los subsidios de conjunto representan casi el 4% del PBI. No es casual, por otra parte, que el gobierno diga que no tiene dinero para aumentar el mínimo a los jubilados.

En cuanto al sector externo, entre 2002 y 2009 hubo un superávit comercial acumulado de más de 58.800 millones de dólares. Ese fuerte superávit comercial de los 2000 permitió disponer de recursos para pagar en términos reales la deuda. Esto es, se dio lo que los economistas llaman “una transferencia en términos reales”, a diferencia de los noventa. Es que en los noventa se pagaba deuda tomando cada vez más deuda, hasta que la situación se hizo insostenible. A partir de 2002, la deuda se pagó con dólares obtenidos por medio de los dos superávits. Esta circunstancia, dio como resultado que el endeudamiento de Argentina bajara –en términos de PBI– desde un 160%, en 2002, al 49% en la actualidad¹. De la misma manera, se han financiado las fuertes salidas de capital, que se incrementaron desde principios de 2008. Según datos conservadores, en tres años habrían salido del país 44.000 millones de dólares. Es notable que el capitalismo argentino haya bajado su nivel de endeudamiento, al mismo tiempo que transfería enormes sumas al exterior, manteniendo un alto nivel de reservas (en la actualidad las reservas son de 49.000 millones de dólares). Todo esto demuestra que en Argentina se produjo una enorme masa de plusvalía; pero gran parte de ese excedente no se reinvertió para ampliar la base productiva, esto es, para expandir las fuerzas productivas en algún sentido fundamental.

6. Coyuntura y desgaste progresivo

Desde 2002 la economía argentina ha crecido a tasas muy altas; desde 2003 a 2010 creció a un promedio del 8,2% anual, a pesar de la recesión de 2009 (pronosticando un crecimiento global de 9% en 2010). Pero también hubo un desgaste progresivo del pilar del “modelo”, esto es, del tipo de cambio alto, debido a la creciente inflación. Y en tanto la inflación se acelera, el gobierno comienza a retrasar el tipo de cambio, a fin de que actúe como un ancla. Pero así se aprecia el peso en términos reales. La entrada de dólares, producto del superávit comercial, ejerce a su vez presión en el sentido de

¹ NOTA: en el debate posterior Alberto Muller me señaló que en la caída del endeudamiento jugó un papel no menos importante la quita post default de la deuda. Estoy de acuerdo e incluyo este factor.

la apreciación. Para mantener el dólar alto, el Banco Central compra dólares, y esteriliza, pero esta medida también tiene límites, debido al endeudamiento.

Por lo tanto aquí se tropieza con la contradicción que ya habíamos señalado. Si el gobierno promueve una depreciación de la moneda, acelera la inflación, con poca ganancia en competitividad. Si por el contrario retrasa el tipo de cambio, agrava los problemas de competitividad, acercándose a un escenario parecido al de los noventa. De hecho, hoy algunos sectores industriales empiezan a quejarse de que con este tipo de cambio no pueden competir.

Es posible que de prolongarse esta situación, hacia fin de 2011 el tipo de cambio real vuelva a estar al nivel de la Convertibilidad. Aunque la situación internacional es distinta de la existente en los noventa, principalmente por la suba de la demanda mundial de materias primas. Además, la apreciación del real, y la caída del dólar, retrasan el deterioro del colchón competitivo.

Todo esto significa que la economía argentina no enfrenta una perspectiva, en el corto o mediano plazo, de crisis en tanto se mantenga la coyuntura internacional. Pero existen una serie de factores que es esencial tener en cuenta, en especial para aquellos que tenemos una perspectiva crítica. Tienen que ver con la relación entre el capital y el trabajo, por un lado; y con las estructuras de la dependencia y al atraso, por el otro.

7. Desigualdad del ingreso, crecimiento y desarrollo

La primera cuestión que quiero enfatizar tiene que ver con el salario y las condiciones laborales. Hemos visto que es consustancial al modelo de crecimiento basado en el tipo de cambio alto que los salarios se mantengan contenidos.

El hecho es que los salarios del sector privado formal (representaría aproximadamente el 30% de la fuerza laboral) están, en términos reales, un 10% por encima de 2001 (según Buenos Aires City; según INDEC, un 40% más altos), y muchos empresarios se están quejando. Necesitan mantenerse competitivos vía aumento de la plusvalía absoluta, la intensidad del trabajo, y la reducción de la canasta de bienes de los asalariados. Pero hay límites a lo que pueden conseguir por esta vía, debido a que la recuperación de la ocupación ha fortalecido el poder de negociación del trabajo (aunque sea por la vía indirecta, de la burocracia sindical). En consecuencia, la variable de ajuste más “a mano” pasa por mantener precarizada a una parte sustancial de la fuerza de

trabajo. El 36,5% de la fuerza laboral, según el INDEC, está precarizada. Miles de pequeñas y medianas empresas se benefician de esta situación, que representa un

recorte de costos para el capitalismo argentino de conjunto (incluido el capital "nacional, popular y democrático"). En 1990 este sector representaba el 25% de la fuerza laboral, y en 2002 el 38,5%. Puede verse entonces que su participación no bajó de manera significativa en los últimos años, a pesar de la recuperación económica. Incluso el Estado emplea una gran cantidad de trabajadores precarizados, a través de contratos basura, o de empresas subcontratistas.

En segundo término, y por lo explicado hasta aquí, es necesario enfatizar que en Argentina hubo crecimiento, pero no desarrollo. Decimos desarrollo en el sentido que los viejos estructuralistas, o los autores de la dependencia o influenciados por el marxismo, lo han planteado: avanzar en la industrialización, superar las estructuras de un capitalismo relativamente atrasado y dependiente. En muchos aspectos, esta noción me acerca a lo que hace muchos años planteaba Jorge Schvarzer en la revista Fichas, en la que tantos nos hemos formado cuando jóvenes. Fichas, con Milcíades Peña y Jorge Schvarzer, decía que en Argentina había habido una pseudo industrialización. Con esto querían significar que no había habido un proceso de reproducción ampliada que hubiera permitido acercar a la economía al nivel de desarrollo de las economías capitalistas avanzadas.

Con las adaptaciones y cambios que la mundialización del capital impone al análisis, mantenemos lo esencial de esta idea. Después de casi una década de crecimiento "a tasas chinas", no hay diferencias cualitativas, con respecto a los noventa, en variables fundamentales como la participación de la industria en el PBI y la relación inversión/PBI. La balanza comercial industrial sigue siendo deficitaria; la participación de los sectores con alto valor agregado en las exportaciones totales se mantiene baja. A su vez, continúa la fuga de capitales. La desigualdad en la distribución del ingreso no se ha revertido en algún sentido fundamental con respecto a los niveles de los noventa. Continúa la salida de capitales, que se colocan en activos financieros en el exterior y sus utilidades se reinvierten en el exterior. Y otros aspectos estructurales, de largo plazo, merecen por lo menos atención y debate. Menciono aquí el proceso de sojización, que no se ha interrumpido, y la posibilidad de que genere daños ecológicos de largo plazo.

También la situación de la infraestructura es ilustrativa. Las tarifas de gas y electricidad están entre las más bajas del mundo, y esto ayuda a estimular la demanda, ya que los trabajadores y sectores medios tienen más dinero disponible para comprar alimentos o bienes de consumo durables. Pero una situación así no dura indefinidamente. La ley del valor trabajo, y la lógica de la valorización del capital, terminan imponiéndose. La baja rentabilidad lleva a la caída de las inversiones, y por lo tanto de la producción. Las reservas argentinas de gas en 2010 están en 7,8 años,

mientras que a fin de la década de los noventa se ubicaban en 30 años. La matriz energética argentina está basada en el gas. Las reservas de petróleo en 2009 eran de 11 años, en tanto en 1988 eran de 34,8 años. Hoy Argentina importa energía. Ya en 2010 hubo cortes de suministro energético, y todo el mundo reconoce que hay que aumentar la inversión en el sector; lo que implica hablar de rentabilidad y tarifas. Algo similar puede decirse del transporte, en especial el ferroviario. La falta de inversión en los ferrocarriles afecta de conjunto la productividad de la economía (los granos, por ejemplo, se mueven en su mayoría con unos 100.000 camiones). Es posible que ciertos acuerdos políticos con el gremio de camioneros también traben la canalización de recursos hacia la revitalización de los ferrocarriles. Es absurdo sostener que estos problemas no existen porque los señala la derecha.

En conclusión, todas estas cuestiones están evidenciando las limitaciones de una estrategia de desarrollo basada en un precio, el tipo de cambio alto. El desarrollo de las fuerzas productivas en el modo de producción capitalista es un proceso complejo, articulado en torno a la reinversión de plusvalía y la ampliación de las estructuras productivas. Argentina en los 2000 experimentó un alto crecimiento, pero no superó las estructuras esenciales de la dependencia y del atraso tecnológico y productivo.